

# Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

El interés público.



—Lléveme usted *El Imparcial*, señorito. Trae los últimos partes de Cuba y Filipinas.  
—¿Y folletín? ¿Tiene folletín?  
—Hoy no, señor.  
—Pues entonces déjame en paz.

## SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—En la portería del teatro, por Fiacro Yráyoz.—Palique, por *Clarín*.—Bagatelas, por Luis de Ansorena.—La compra del besugo, por Juan Pérez Zúñiga.—¡Sube, limón!, por Sinesio Delgado.—Juanito y Rosita, por Eduardo de Palacio.—Menudencias, por Federico Canalejas.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: El interés público.—Planes ambiciosos.—Filosofía honda.—Esperando (cuatro viñetas).—Tentación.—La fruta prohibida, por Cilla.



# DE TODO UN POCO

Mientras discutimos el mérito de Navarro Reverter y las dotes de mando del capitán general de Filipinas, la viruela se desarrolla en Madrid y nos amenaza con desfigurarnos el rostro.

Las personas que cuidan el físico viven en perpetua zozobra, y es natural. Donde menos se piensa salta un varioloso.

Hay una porción de gente que anda por ahí con las viruelas locas y no quiere decirselo a nadie. Sé de uno que tiene diez ó doce vejigas en la cara, y cuando se le pregunta:

—¿Qué es eso?—contesta con la mayor naturalidad del mundo:

—Esto es *otoño médico*. Entre Octubre y Noviembre me salen todos los años estos granitos y yo los dejo.

—Hace usted bien, porque hasta adornan.

\*  
\*  
\*

A nadie le gusta pasar por epidémico. Lo peor que puede usted hacer es decirle a un varioloso disimulado:

—Hombre, váyase usted a acostar.

—¿Yo? ¿Por qué?—grita ofendido.—Estoy bueno, gracias a Dios. Tengo una salud de bronce.

Y comienza a darse puñetazos en el pecho y a estirar las piernas como si fuese a saltar en trampolín.

No se fíen ustedes de los que entran en el café diciendo que están algo acatarrados y no cesan de beber agua con azúcar. Casi todos ellos son variolosos, pero no lo quieren confesar. La calentura les seca por dentro y de ahí su afán de humedecerse.

Después llegan a su casa, y ya en el seno de la familia no ocultan su estado, antes bien, se declaran variolosos y piden a voces que les pongan sinapismos.

—¡Si no tienes nada!—les dice la mujer.

—¿Que no? ¿Eres capaz de asegurar que éstas no son viruelas? ¿Cuándo he tenido yo estos granos? ¿Me los has visto alguna vez?

—Tranquilízate, Paco. Eso te ha salido de comer escabeche. Acuérdate de mamá, que se ponía así siempre que usaba el atún.

—Lo que yo tengo son viruelas, y hasta sé quién me las ha pegado.

—¿Quién?

—Rejoncillo, el que se sienta a mi lado en los toros. El jueves me estuve fijando en él y no hacía más que estornudar y rascarse.

—No seas aprensivo.

—Bueno; yo, por si acaso, me voy a la cama, y si veis que pierdo la razón me lo decís, que no quiero morir sin conocimiento.

\*  
\*  
\*

Bromas aparte, la viruela se extiende cada vez más, según dicen las autoridades gubernativas.

Éstas, siempre celosas, han reunido a los doctores para que *dictaminen*.

Y los doctores celebrarán una junta y discutirán largamente respecto de lo que se debe hacer.

—Hay que desinfectar—dirá uno.

—No; hay que destruir el germen.

—No; hay que espantar el microbio.

—No; hay que aislar al enfermo y atarlo a la cama.

Y después de discutir, emitirán un luminoso informe, y leído que sea por el señor gobernador, éste nombrará una comisión de médicos para que lo ponga en práctica...

Mientras tanto la viruela seguirá enseñoreándose de la villa, y cada día habrá más enfermos, hasta que llegue un día en que todos seamos variolosos y perdamos la corrección de las facciones.

Cuando esto suceda, encontraremos en la calle al amigo del alma y pasaremos por su lado sin reconocerle.

—¿No sabe usted quién soy?—nos preguntará.

—No, señor.

—Haga usted memoria.

—¡Ah! Ya recuerdo. ¿No es usted uno que estaba en Irún empleado en el tranvía y le dieron un pelotazo en un ojo?

—No, señor; yo soy Canseco.

—¿Canseco? ¿El de los relojes?

—No, señor; Canseco el de los juguetes cómicos en un acto.

—¿Cómo?

—Sí; el autor de *Romea*.

—Pero ¿de dónde sale usted con ese rostro?

—De las viruelas.

—¿Locas?

—No, señor; reflexivas. Me he quedado tan feo que estoy por matarme.

—Sí, mátese usted; con esa cara no va usted a poder entrar en ninguna parte decente.

\*  
\*  
\*

¿Por qué no han de adoptarse medidas enérgicas?

¿Por qué no dicta disposiciones rápidas y eficaces el señor gobernador?

Porque está esperando que *dictaminen* los sabios.

De modo que lo que debemos hacer es esperar el dictamen, procurando que no nos den las viruelas *en el interin*.

Y si algún amigo ó pariente se sintiera atacado de la terrible enfermedad, antes de meterle en la cama tendremos que decirle:

—Chico, espérate unos días, a ver qué dispone la comisión de sabios. ¿Tienes calentura? Pues comprímete. ¿Te duele la cabeza? Pues aguántate. ¿Te vas a morir? Pues detente. Lo primero es oír el luminoso dictamen de la comisión, y no excitar el enojo del conde de Peña Ramiro, que, al fin y al cabo, es nuestro jefe, aunque nos esté mal el decirlo.

Luis Taboada.

★

## EN LA PORTERÍA DEL TEATRO

I

—Muy buenos días, portero.

—Muy buenos los tenga usted.

—¿Don Miguel Pérez Borrero ha venido?

—No lo sé.

Yo no le he visto pasar, pero, siendo el empresario, creo que debe de estar arriba, en el escenario.

—Pues hágame usted el favor de decirle a don Miguel que le espera aquí un señor que desea hablar con él.

—¿Es el asunto de urgencia?

—De muchísima, sí tal. Vengo a hablar de la Prudencia, que aquí la tratan muy mal.

—¿La Prudencia?

—Sí, una chica con un corazón de oro, y a quien sé que se critica sólo porque está en el coro.

Sé que no se la respeta, ni la ayudan, ni adelanta, porque no es una coqueta que se *tima* cuando canta.

Sé que todos hablan mal, aunque nadie la conquista, porque piensan que es igual que cualquiera otra corista.

Sé también que los autores, con su eterno buen humor, atrevidos, le echan flores que ella escucha con rubor, y le ofrecen muchas cosas y la invitan a cenar, y a otras cosas bochornosas imposibles de aceptar.

Porque ha de saber usted que es tan pura y tan honrada que no acepta ni un café con tostada... ó sin tostada.

Yo la adoro con exceso por virtuosa y por decente, y si me caso, es por eso, por eso precisamente.

¡Tratarla sin miramiento de esa manera cruel!

En este mismo momento voy a hablarle a don Miguel y a obligarle a que respeten a mi pobre prometida, ó si no, me comprometen. Ande usted. Suba en seguida.

II

—¿Habrá cinismo mayor? ¡Pues no faltaba otra cosa! Ahora verá ese señor si es, como digo, virtuosa, y sabrá que no tolero

que así se la martirice!  
Aquí baja ya el portero;  
veremos lo que me dice.

III

—Pues se tendrá usted que dir,  
porque me ha dicho, enfadao,

que ahora no puede salir  
porque está muy ocupao.  
—¡Maldita sea mi estrella!  
Pues ¿qué está haciendo ese pilla?  
—Está almorzando con ella  
*bistek* en el saloncillo.

*Fuero Trányoz.*

## PALIQUE

Para alusiones, amigo *Gedeón*.

Dice usted: «Aunque luego salga *Clarín* tachando á *Gedeón* de injusto, es lo cierto que casi todos los catedráticos de la Universidad de Oviedo escriben muy mal.»

Pero, hombre, ¿por qué he de tacharle yo á usted de injusto, porque casi todos los catedráticos de la Universidad de Oviedo escriban muy mal?

¿Qué culpa puede tener *Gedeón* de esa desgracia universitaria? Y tampoco entiendo por qué he de tacharle luego, que ahí quiere decir después. ¿Después de qué? ¿Después de escribir muy mal esos señores? Pues, como es de suponer que seguirán escribiendo, á pesar de las censuras de *Gedeón*, que tal vez no lean; y como yo he de tacharle de injusto luego, después... no sé cuándo llegará el día en que le tache por que escriben mal los catedráticos de Oviedo.

\* \*

Tampoco es cierto que casi todos los catedráticos de la Universidad de Oviedo escriban muy mal.

Casi todos los catedráticos esos se abstienen de escribir. Porque es claro que *Gedeón* hablará de escritores públicos. Pues, en este sentido, de las dos docenas de catedráticos de la Universidad de Oviedo (contando supernumerarios y profesores de Ciencias) no escriben, ni bien ni mal, unos diez y ocho.

Yo no le niego que haya algún catedrático de Oviedo que escriba mal. Habrá.

Pero, hasta ahora, *Gedeón* no ha demostrado su inoportuna y sospechosa censura. Digo sospechosa, porque me temo que *Gedeón* esté inspirado por alguien que tiene envidia á ciertos catedráticos de Oviedo. Dígame *Gedeón* cómo se llama, de veras, el que escribe contra mis compañeros, y saldremos de dudas.

Hace días *Gedeón* censuraba un galicismo del Sr. Buylla, que no era galicismo.

Y ahora declara mal escritor al Sr. Posada, uno de los pocos profesores españoles leídos y estudiados por los sabios franceses, ingleses, alemanes é italianos; y le echa á rodar todo el crédito que tiene, porque el Sr. Posada habla de una afición «relativamente constante».

Sostiene *Gedeón*, en absoluto, que no se puede decir *relativamente constante*.

Voy á demostrarle que sí. Como es listo y parece instruido, creo que le convenceré. Y como le supongo sincero, creo que confesará que está convencido.

\* \*

Y dice *Gedeón*: «Ninguna cosa puede ser relativamente constante. O consta ó no consta».

Pero ¿qué tiene que ver ahí el verbo constar?

¿No tiene *Gedeón* diccionario?

Constante es participio activo del verbo constar. Esa es la primera acepción, según el diccionario de la Academia. Pero tiene otra. Constante es adjetivo y significa *que tiene constancia*. Y constancia es «perseverancia y firmeza del ánimo en las resoluciones y propósitos».

El Sr. Posada habló de una afición provocada por no sé qué, y relativamente constante. ¿Cree *Gedeón* que ahí constante significa *que consta*, ó *que tiene constancia*? Diga la verdad. ¿Verdad que tiene que ser lo último? Porque, si no, el Sr. Posada quiso decir esto: «una afición que es manifiesta, que es cierta, que se sabe que la hay... relativamente». Y eso es un disparate; claro. Pero lo que dice Posada es esto: afición relativamente constante; ó sea, de firmeza, de perseverancia relativa.

Y ¿negará *Gedeón* que se puede ser más ó menos firme en los propósitos, perseverar más ó menos? No lo negará.

«Juan perseveró en su propósito, mientras tuvo esperanzas de triunfar.»

Pedro fué constante en todas sus relaciones hasta la muerte.»

¿No está bien todo eso? Pues bueno: Juan fué *relativamente constante*; Pedro, constante en absoluto.

¿Qué le parece á *Gedeón* de un crítico que censura una palabra que tiene dos acepciones tomándola en el sentido que claramente se ve que no tiene, y correspondiéndole el otro perfectamente?

\* \*

Pero lo peor no es eso. Lo peor es que á renglón seguido toma la palabra constante como adjetivo, en el sentido de lo *que tiene constancia* y creyéndola todavía perteneciente al verbo constar. «O consta ó no consta. ¿Le gustaría á Posada que su novia le fuera relativamente constante?»

De modo que, según *Gedeón*, el Sr. Posada le podría preguntar á su novia (antes de haberse casado):—¿Me constas? en vez de —¿Eres constante?

Demasiado comprenderá *Gedeón*, en cuanto lea esto, que se ha trabucado. ¿A que lo confiesa?

Tiene bastante talento para hacerlo.

Y si á la confesión acompañase una firmica auténtica, miel sobre hojuelas.

\* \*

Tampoco debe *Gedeón* negar la posibilidad de las erratas ajenas, porque todos estamos sujetos á esa calamidad.

No admite *Gedeón* que un *ofrece* por *ofrecen*, de Bustillo, sea errata. Y no puede ser otra cosa. Porque ni Bustillo ni nadie dice: «Juan y Pedro *ofrece* dinero».

En el mismo número de *Gedeón* en que se ataca á Bustillo por una errata, leo esto:

«¿El palacio de la Consulta antes del matrimonio?

Más *inclinado* estaba antes de la Extremaunción.»

Y también se entiende que aquí hay errata. Porque si no, no se entiende.

Debe de ser: «más *indicado* estaba: antes de la Extremaunción».

En el mismo suelto en que *Gedeón* censura á Posada, hay esto: «No se le puede llamar». Y ese le concierta con *cosa*. Y como ese le es ahí acusativo, no dativo, tratándose de *cosa*, femenino, tiene que ser *la*. Y la habrá escrito *Gedeón*. Pero hay errata.

Sí, *Gedeón*: *fiat justitia et ruat... vanitatem*.

Y lo otro; lo de la firma.

Porque á *Gedeón*, que es listo, ¿qué trabajo le cuesta un *conocimiento*?

*Clarín.*

## Planes ambiciosos.



—¿Ves aquel abrigo que lleva aquella señora? Pues igual es el que yo te he dicho que me compraría con muchísimo gusto.

—¿Ves tú ese palacio que tiene la Equitativa en la calle de Alcalá? Pues uno así es el que yo no te he dicho todavía que me vendría divinamente. Porque la verdad es que tú con el abrigo y yo con el palacio estaríamos que ni en la gloria.

\* \*

## Bagatelas.

¿Adónde se van, Dios mío,  
los besos que da el amor?

¡Necesito encontrar uno  
que lleva mi corazón!

La hermosura y la pureza  
se d'eron la mano un día...

¡Cuántos hombres han matado  
desde que se han hecho amigas!

Me han dicho que ayer la Virgen,  
admirando tu virtud,  
quiso bajar del altar  
para que subieras tñ.

Aunque esos labios te gusten,  
no puedes llegar á ellos...  
¡Lo impide el cuerpo de guardia  
que yo formé con mis besos!

El pecado te hizo madre...  
No llores y sé feliz,  
que Dios ya te ha perdonado,  
pues pasó un ángel por tí.

No me puedes convencer,  
porque entre tus frases hueccas

siempre oigo los cascabeles  
que llevas en la cabeza.

—¿Qué anhelas?—le pregunté  
á un corazón desgraciado,  
y me respondió:—El sepulcro  
del pensamiento de un sabio.

Señalando al corazón  
le dije al sepulturero:  
—Eche usted aquí tierra, amigo,  
á ver si tapa este muerto!

No te fíes de esos ojos  
que siempre te están mirando,  
y fijate en que no buscan  
los tuyos, sino tus labios.

*Luis de Ansorena.*

## LA COMPRA DEL BESUGO

Después que mi vecina  
doña Librada  
se compró en la plazuela

de la Cebada  
solomillo, riñones,  
uvas y setas,

coliflores, pimientos  
y cebolletas,  
á un puesto de pescado  
se fué en seguida  
y dijo al pescadero,  
muy decidida:  
—¿Tiene usted un besugo  
bueno y barato?  
—Sí, señora; vinieron  
hace ya un rato.  
—¿Y de dónde proceden?  
—No sé, señora,  
porque ó vienen de Cádiz  
ó de Zamora.  
—Pues déme usted aquel grande  
que está tan tieso.  
Ya sabe usted que exijo  
corrido el peso.  
Déjele usted la cola,  
porque el pescado  
no me gusta comerlo  
desencolado.  
Quítele usted las raspas  
que lleva dentro;  
quítele usted la espina

que hay en el centro;  
quítele usted la escama...  
—Bueno, corriente.  
¿Quiere usted que le calce?  
(¡Qué impertinente!)  
—¿Cuánto es esto?—Seis reales,  
señora mía.  
—¿Quiere usted real y medio?  
—¡Qué tontería!  
—Á llevarle tan caro  
yo no me avengo.  
—¿Los quiere usted de lance?  
también los tengo.  
—Pues le dejo el besugo.  
—¿No la conviene?  
—No, señor; porque veo  
que el bicho tiene,  
ahora que en él me fijo  
punto por punto,  
igual caída de ojos  
que mi difunto,  
¡y me sería horrible  
ver en la mesa  
la imagen de mi esposo  
con mayonesa!

*Juan Pérez Zúñiga.*

## Filosofía honda.

## ¡Sube, limón!



—Ya ¡viene á buscarme, ¡claro!  
¡Como que así es este mundo!  
En cuanto uno las desprecia  
se vuelven locas por uno.

Preocupa á los hombres de negocios  
el alza de los cambios,  
porque hace días vale  
cinco reales y pico cada franco.  
Pero ni al más bodoque se le oculta  
que estamos empezando  
y que pronto, si Dios no lo remedia,  
tendrán que estar más altos.  
Y digo Dios, á quien se pide auxilios  
en semejantes casos,  
porque no es verosímil á estas fechas  
que lo remedie el Banco.  
Siguiendo así las cosas, es posible  
que no se pase un año  
sin que tengan su prima respetable  
los duros... sevillanos.  
¡Y será la existencia entretenida  
cuando haya que echar mano  
de dos ó tres billetes de los grandes  
para pagar un puro del estanco!  
¿Qué más puede pedirse, como signo  
de la prosperidad en el erario,  
que esa gran abundancia de papeles  
rojos, azules, verdes, violáceos,  
que representan oro porque llevan  
la firme garantía del Estado...  
previo convenio de que veinte duros  
son el equivalente de ocho cuartos?  
¿Con qué puede pagarse la delicia  
de socorrer á un pobre, cojo ó manco  
de esos que van tocando en la guitarra  
la *Gioconda* y el *Fausto*,  
y darle cien pesetas ó doscientas,  
sin hacer un esfuerzo sobrehumano,  
para ayuda de medio panecillo  
ó de unas cuantas copas de *morapio*?

.....  
Para explicar las causas del fenómeno  
no es preciso ser sabio,  
porque el Banco de España proporciona  
cuantos detalles fueren necesarios.  
—Hace falta muchísimo dinero,  
le dicen, porque estamos apurados;  
y él contesta en seguida:—No asustarse,  
yo tengo unos clichés y papel blanco  
y en hacer los millones que me pidan  
empleo unos minutos de trabajo;  
todo es cuestión de tinta,  
de prensa y de motor... de dos caballos.

Y así, efectivamente,  
vamos saliendo sin chistar del paso  
y explotando un filón inagotable...  
mientras no se eche encima el batacazo.

Lo que pasa de malo es que se cumplen  
las leyes del mercado,  
y así como, si abundan los pimientos,  
se dan por una perra veintitantos,  
cuando se inunde España  
de billetes de Banco  
¡tendrá depreciación la mercancía  
y estarán cada día más baratos!

*Sinesio Delgado.*

# ESPERANDO

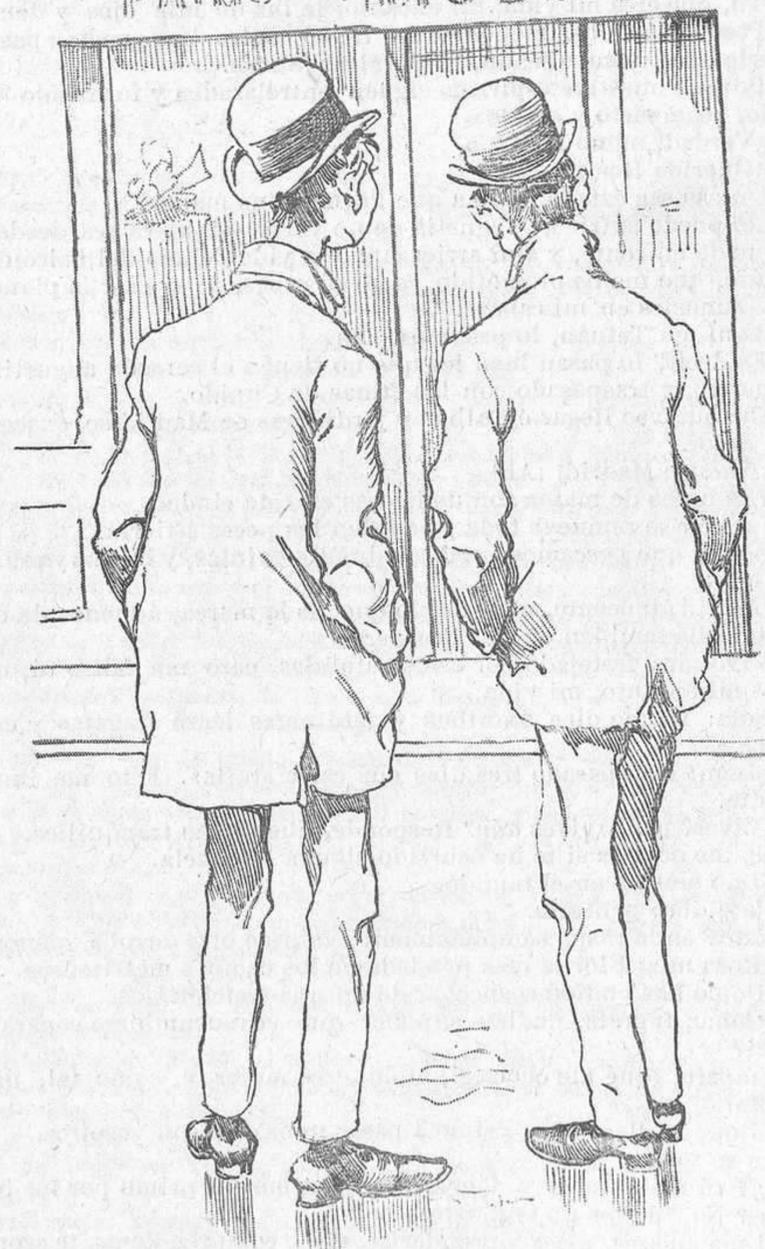


—Si me vieran los del Club aquí, aguardando á que salga la segunda de la derecha para decirle un chicleo... no dirían que no tengo resolución para tratar á las mujeres.



—Pasan dos, y cuatro, y cinco embozaos hasta las cejas. A todos les llamo hermosos... ¡y como si no, morena!

## PARIS MODAS



—Bueno, y en cuanto bajen, ¿qué hacemos?  
 —¡Hombre! ¿qué menos que convidarlas á café con tostada?  
 —¿Y si aceptan?  
 —¡Toma! si aceptan... ¡nos ponen en un compromiso!



—No pasan más que personas. Hombres, mujeres, chiquillos, sacerdotes... Lo que no pasa, ni pa Dios, es un mal pucherete de alubías!

## Juanito y Rosita.

( CARTAS TRASCENDENTALES )

Separarlos fué como asesinarlos.

Dos ángeles: uno con sombrero de frutas, animales y plantas, y otro con cuello de pajarita con tres botones, como collar de perro; una, toda candor y pensamientos poéticos y sentimientos dulces y amorosos; otro, subyugado por un «amor pasional», que decimos ahora, y por dificultades de pronunciación, particularmente en las palabras donde entran erres y zedas.

¡Desgraciados!

Pero la separación era forzosa.

Ella, hija de familia pobre, pero cursi.

El, hijo también, aunque de otra familia, de clase *cursiva* como la de su amada.

Ella no tenía más remedio que acompañar á sus padres y hermanos y pasar el mes de Agosto en Navalcarnero ó en Navalmoral, ó en Navalquejido ó en Navalagamella, porque su papá llevaba siempre la familia á un «puerto naval», según decía á los amigos.

El amante salía de Madrid, con la suya, indefectiblemente para Tetuán de las Victorias.

Como quien dice, afueras de Madrid.

Para que su novia no se enterase, encabezaba las cartas escribiendo:

«Tetuán (África).»

Pero la encargaba que no pusiera en el sobre más que «Tetuán», porque en tierra de marroquíes «estaba muy adelantado el servicio de correos».

A su nombre, sin anteponerle *sidi*, ni entremezclarle *bey* ó *buey*, ni añadirle la cola de *bajá*.

El dirigía las cartas á la persona que su amada le designaba en el pueblo donde residía durante los meses de calor; ella, á la lista de Correos.

¡Qué correspondencia tan tierna!

«Mono mío.»

Esto de mono estaba muy en su lugar, por el tipo.

«Ya llevo tres baños marítimos con sal y «galgas».

Pero ¿qué me importa?

No por eso se refresca mi corazón.

Aquí nos divertimos bastante.

Pero ¿qué me importa, si me faltas tú?

Tú, que eres mi vida, mi encanto, la luz de mis ojos y demás.

Peso dos arrobas menos en los tres ó cuatro días que han pasado desde nuestra separación, corporal nada más.

Porque nuestros espíritus siguen entrelazados y formando uno solo, «compacto y sólido».

¿Verdad, mono mío?...»

«Querida Rosita:

Quizás sea ésta la última que llegue á tus manos.

No puedo sufrir la angustia de no verte, siquiera sea desde la acera de enfrente, y aun arriesgando la vida debajo del balcón del sastre, que me ha prometido, como tú sabes, dejar caer la plancha de Damocles en mi cabeza.

Aquí, en Tetuán, lo pasamos bien.

Es decir, lo pasan bien los que no tienen el corazón angustiado como yo, y traspasado con las armas de Cupido.

Cuando veo llegar ómnibus y jardineras de Madrid se exagera mi dolor.

¡Nuestro Madrid! ¡Ah!

Las horas de marea son deliciosas en esta ciudad.

La mar se remueve toda y se salen los peces á tierra.

Así es que pescamos truchas á bragas enjutas, y barbos y atunes de cría.

¡Ah! tú, inocente, no sabes lo que es la marea, á menos de que la tengáis también en Navalcarnero.

Vivo muy festejado por estos naturales, pero me faltas tú, que eres mi encanto, mi vida...

Nota: Donde dice ómnibus y jardineras léase fragatas y cruceros.»

«Juan: Han pasado tres días sin carta «tulla». Esto me impacienta.

¿Vives? ¡Oh! ¿vives *ainn*? Responde, que yo me tranquilice.

No me ocultes si te ha ocurrido alguna desgracia.

Si no eres ya en el mundo.

No quiero pensarlo.

Estoy en la raspa completamente, ya peso otra arroba menos.»

«Rosa mía: Flor la más preciada de los campos matritenses.

¿Cómo has podido sospechar de mí una traición?

¿Cómo, ingrata, pudiste suponer que yo sucumbiera separado de ti?

Empero, ¿qué me choca si, al fin, eres mujer y, como tal, mudable?

Sé que ha llegado tu primo á pasar unos días con vosotros.

Lo sé todo.»

«¿Y tú me quieres y vienes á refregarme mi primo por los hocicos? No, tú eres un embustero.

Si me amaras, me comprenderías; si me comprendieras, te asombraría mi carácter, mi virtud, solamente comparable á la de Agustina de Aragón, Mariana Pineda y Marta la piadosa.»

Y tanto cariño y tan bueno suele concluir algunas veces por la separación y por falta de sindéresis y aun de ortografía.

Luego los suicidios sin conocerse...

Digo, sin conocerse la causa.

Los asesinatos de uno para otro, según clasificaba un abogado, defensor de un reo de homicidio.

Todo procede de amores torcidamente interpretados.

¿Quién sabe si de una falta en la redacción del sobre, ó de una f mal trazada al escribir «fruta», ó de otra fruslería semejante?

¡Celos infundados! ¡Celos mal comprimidos!

*Otelo y La verbena de la Virgen de la Paloma.*

*Eduardo de Palacio.*

## Menudencias.

¡Qué bien te haces la tonta! ¡Ahora me sales preguntando la causa de mis males!

Tan horrorosa es Clara,  
que es la defensa de su honor su cara.

¿Que te perdone? ¡No puedo!  
Quiero odiarte hasta que muera,  
que odiándote te recuerdo.

¿Que te ha dicho tu doncella  
que ya no te quiero, Elvira?  
¡No hagas caso, que lo dice  
porque no le doy propinas!

—Me tiene loco Fidel.  
—¿El cómico?

—Sí, esa larva  
que está minando el cartel.

—¿Pues qué te pasa con él?

—¡Le he dado un papel de barba  
y dice que es mal papel!

No digas que me quieres, Dorotea,  
¡porque pobre de ti cuando lo crea!

*Federico Canalejas.*

## Tentación.



—¡Qué guapa es, reconcho! Si yo tuviera posibles, que no los tengo, y ella quisiera venirse de criada, que no querría... excusaba uno de tener que andar de la Ceca á la Meca.

## La fruta prohibida.



—¡Mala bomba en los cuellecitos dichosos! ¿Será mi mujer ó será la de Alfredo? Porque si fuera la de Alfredo... la acompañaría á su casa con muchísimo gusto.

## CHISMES Y CUENTOS.

*La Correspondencia:*

«La salud pública mejora visiblemente. Las defunciones por viruela quedaron ayer reducidas á cuatro, y el total de fallecimientos fué de 49; es decir, á razón de menos de 1 por 10.000.»

La misma *Correspondencia*, en la misma columna, un poco más abajo: «Anoche se reunieron en el despacho del señor ministro de la Gobernación los subdelegados de medicina de Madrid, con objeto de dar cuenta al ministro de la importancia que va tomando la enfermedad variolosa; en breve se reunirá la Junta provincial de Sanidad, para adoptar acuerdos sobre el modo de evitar que tome mayor incremento.»

De modo que no sabe uno á qué carta quedarse, ni si debe ó no debe uno tener miedo de la viruela.

Casi todos los periódicos, con motivo del estreno de *Gente conocida*, en el Teatro de la Comedia, se han burlado muy donosamente de las partes de por medio, porque *día* que, representando personajes de la buena sociedad madrileña, sacaban á escena unos trajes que daban compasión.

Todo eso no me parece mal, pero... hay que estar en el secreto.

En el Teatro de la Comedia supongo yo que habrá unos cuantos meritorios de cada sexo, que entran allí á fuerza de recomendaciones en demanda de papelitos insignificantes para hacer carrera.

La mayoría de estos meritorios no tiene dinero ni de dónde le venga, y vive penosa y difícilmente en expectativa de una modesta contrata.

Bueno; pues llega una obra de *baile en casa de la condesa*, pongo por ejemplo, y la dirección ¿qué hace? Va y reparte los papeles de comparsas entre aquellos infelices, que pasan las de Caín para salir siquiera decentemente vestidos.

Y luego, ¿qué?

Pues luego se rien de ellos á carcajada tendida los aristócratas linajudos que se visten á la última, pagando tarde ó dejando de pagar á la modista y al sastre. Se han dado casos. Y encima les ponen como chupa de dómíne los señores revisteros de teatros... que á lo mejor llaman fluida versificación á una colección de adoquines.

Y esto es todo.

Nuestro querido colega *El Imparcial*, con el patriotismo de buena ley que le caracteriza, ha iniciado una suscripción para socorrer á los soldados que vuelvan heridos ó enfermos de Cuba.

Todas las clases sociales, como era de esperar, han respondido al llamamiento, porque otra cosa no tendremos aquí, pero á caritativos no nos gana nadie.

El espectáculo es realmente hermoso, pero...

¡Ay! todas las cosas de este mundo tienen su pero.

Observen ustedes que no hay calamidad pública ni privada que no exija para su remedio las suscripciones populares.

Y el Estado, que arranca de sus hogares á los mozos y como rebaños de carneros los lleva á pelear y á morir en lejanas tierras, obedeciendo á planes descabellados casi siempre; el Estado, que despilfarras en subvenciones, gangas, pensiones y prebendas sumas enormes, no se cuida poco ni mucho de proporcionar ropa y alimento á los que caen en la campaña.

El Estado todo lo más que hace es tolerar que unos cuantos ganchos negocien con las vidas ajenas al hacer la recluta, y que otros ganchos se encarguen de *limpiar los fondos* á los que tornen de Ultramar, lisiados por las balas ó consumidos por la fiebre.

Esto parecerá una barbaridad, pero es el Evangelio.

El general Weyler ha tenido la bondad de decir á un noticiero:

«El Weyler que ellos conocen (los separatistas) no es el verdadero. El Weyler llega ahora con los cuarenta mil hombres, y espero que no han de tardar en conocerle.»

Dios oiga á V. E.

Pero dígame V. E.: ¿por qué ha permanecido V. E. disfrazado tanto tiempo? ¡Nosotros hubiéramos agradecido tanto á V. E. que se hubiera quitado el antifaz el año pasado!

Al señor ministro de Ultramar le están sacando los trapitos á relucir algunas malas lenguas.

Hay quien se entretiene estos días en publicar listas de parientes y paniaguados del señor ministro favorecidos por éste con buenos destinos en la Península é islas adyacentes.

¡Mala fe se necesita para eso!

Porque el Sr. Castellano no hace más que poner en práctica aquella frase célebre:

«Perezcan las colonias, pero sálvense los principios... y los postres de toda la familia.»

En cambio el distinguido hombre público Sr. Moret anda por ahí soltando discursos fogosos á las masas inconscientes.

De los cuales discursos se desprende que su partido (el del Sr. Moret, no el de las masas), ó él por lo menos, tiene la panacea con que se han de curar radicalmente los males de las Antillas.

¡Lástima que no haya tenido tiempo de aplicarla combatiendo hasta morir lo de la indemnización Mora, debida á su fecunda iniciativa, y los proyectos de arriendo de las minas de Almadén y de auxilios á las Compañías de ferrocarriles!

Porque esto ya es poner, al fin y al cabo, al asno muerto la cebada al rabo.

Y á propósito de asnos muertos:

Notarán ustedes que corre por ahí un *rum-rum* contra el general Blanco porque «su política de atracción con los separatistas, después de estallar la insurrección, ha dado ánimos y esperanzas á los rebeldes».

Es decir, lo contrario de lo que pasa en Cuba.

Donde siempre ha habido también *rum-rum* contra los generales por prescindir de la política de atracción... que es lo que nos había de proporcionar en breve plazo la paz y bienandanza.

De modo que no hay quien sea capaz de explicar semejante contrasentido.

¡A no ser que sea cuestión de climal

Ha vuelto á ponerse sobre el tapete... verde la cuestión del *coco*. El *coco* son los Estados Unidos.

Ahora se repiten aquellas antiguas bromas de que «Cleveland va á mandar una nota», de que «en cuanto se reúnan las Cámaras yankees se resucitará el asunto de la independencia cubana», de que «la elección de nuevo presidente influirá en nuestros destinos si para entonces no ha tomado cariz más favorable la guerra», y así sucesivamente.

Y yo creo que lo verdaderamente serio y español sería... hacerse cuenta de que los Estados Unidos no han sido descubiertos todavía.

Leo con asombro:

«En un comunicado que publica un colega se dice que la prohibición de la caza de pájaros priva de un gran medio de subsistencia á más de diez mil jornaleros de las provincias de Toledo, Sevilla, Córdoba, Ciudad Real, Badajoz y Madrid.»

Por fuerza es andaluz el comunicante.

Porque se necesita cazar pájaros para alimentar durante una temporada á diez mil jornaleros.

Y muchos pájaros hay en el mundo, ¡pero no tantos, porral

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

*El asno.*—Lo de la compensación es de una sequedad horrible. Y el *negocio* no se entiende. Y si se entendiera resultaría una vulgaridad muy grande, porque se reduce á llamar á los yankees... en fin, lo que usted quiere llamarlos.

Sr. D. A. M.—Los artículos con pie forzado estuvieron de moda hace mucho tiempo. Pero les pasa lo que á los pantalones de campana: ya no se usan.

Sr. D. E. S.—Fuertecito el final y... medianeja las redondillas. Eso es lo que tiene.

Sr. D. V. L.—Resulta verdaderamente fúnebre. Y no pega aquí ni con cola.

*Pito.*—Copiaré una de las dos cosas:

«El mayor castigo  
para un mortal  
que le llamen «Rico»  
sin tener un real.»

Bueno; pero ¿y el verbo? ¿dónde está el verbo? Bien podía usted haberle metido en alguna de las sílabas que faltan.

*Incógnito.*—¡Caramba! Ya le recuerdo á usted. Pero no me gusta el asunto porque está tan traído y llevado por manos pecadoras...

*El de Carrión.*—Se publicará con algunos cortes, para evitar consonancias que no debía haber.

*Un estudiante de derecho.*—¡Por la Virgen del Carmen! No escriba usted tanto y piense un poquito más lo que escribe.

Sr. D. E. F.—Vulgarísimos é inocentísimos, desgraciadamente.

Sr. D. C. de la C.—Hay que contar las sílabas y hay que tener cuidado con el ritmo. Sin esos dos requisitos esenciales

no es fácil dar un paso  
por la escabrosa senda del Parnaso.

*Un bilbaíno.*—¡Ay!, no señor; lo que es por ahora no puedo aprovechar nada absolutamente.

Sr. D. G. Q.—Un millón de gracias por los elogios. Á pesar de lo cual la menudencia es demasiado fuerte. Hay que tener mucha autoridad para atreverse a decir esas cosas.

*Familia menuda.*—¡Valiente colección de guasones se ha reunido en esa mesal Porque si eso no *procede* de un café, que me parta un rayo.

*Rapt.*—¿Está usted seguro de que yo la he admitido después de arreglada? Porque no lo recuerdo, y es fácil que usted me la remitiera de nuevo y no fuera admitida. La de hoy me parece muy candorosa.

Sr. D. A. E.—El «vive Dios que pudo ser» se conserva íntegro y á mi entender expresa bien el pensamiento, porque siendo de *La vida es sueño* y recordando una situación culminante del drama, no hacía falta alterarle.

Sr. D. L. M.—Sigue la forma siendo defectuosa, de modo que no se conserva más que la gracia de la idea... que pertenece al cuento. Es inútil darle vueltas: cuando eso no sale de primera intención, no sale nunca.

*Fray Cualquiera.*—Creo haber contestado á usted; si no lo hice, sería porque no podía utilizar ninguna menudencia.

Sr. D. G. T.—No están mal, pero uno por demasiado patriotero y otro por excesivamente naturalista, no pueden publicarse, aquí por lo menos.

*Un soñador.*—Sí, ya sé lo que ha soñado usted: que *quiero* y *veo* son consonantes. Pero los sueños... sueños son.

Sr. D. C. G.—Se publicarán unos cuantos, Dios mediante. Pero, por si acaso, no se impacienten usted, que hay muchos admitidos.

*Paco de Valladolid.*—¿Conque son muy bonitas las *cositas*?

Y ¿quién le ha dicho á usted que son bonitas?

*El oso y el madroño.*—¡Si viera usted que ya no se puede hacer nada bueno acabando con la clásica puntera del padre del objeto amado!

CHOCOLATES Y CAFÉS  
DE LA  
**COMPAÑÍA COLONIAL**  
—  
TAPIOCA—TÉS  
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES  
DEPÓSITO GENERAL  
CALLE MAYOR, 18 Y 20  
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS  
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Málaga.—Manzanares.

## MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Ídem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PENINSULAR, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambray, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.º